



VEINTE AÑOS, DIEZ PROPUESTAS

Artículo publicado en el diario *El Mundo* el 28 de marzo de 2010

Hace ahora 20 años en Sevilla, en el X Congreso Nacional del Partido Popular, nació un proyecto político moderado, centrado e independiente, con moral de victoria y con la determinación de demostrar a los españoles que había una forma de gobernar España distinta a la del socialismo. Una forma muy distinta y sustancialmente mejor. Aquel partido profundamente renovado y renovador nació de la refundación de la Alianza Popular de Manuel Fraga. La generosidad, el acierto y la entrega por España del presidente fundador de nuestro partido, el Partido Popular, que por entonces ya gobernaba con mayoría absoluta su Galicia natal, fueron determinantes para hacer posible la andadura política del nuevo proyecto.

Queríamos llegar a alcanzar los objetivos propuestos, llegar al Gobierno de España para aplicar políticas muy diferentes a las socialistas. Queríamos hacerlo con un proyecto político fundamentado en la idea de libertad. Y para ello, una nueva generación de políticos que no habíamos participado en primera línea en la Transición -pero que admirábamos y queríamos hacer nuestra esa gran lección política de visión histórica para España- trabajamos sin descanso y con entusiasmo desde aquel momento.

Muchos guardamos muy buenos recuerdos de aquellos días. Pero lo que verdaderamente justifica que ese recuerdo vaya más allá de lo personal y trascienda al ámbito público es la convicción de que en él puede hallarse algo útil para el futuro del país, algo que ahora puede sernos de provecho a todos. Así lo creo, y por eso me parece que debemos recordar lo más importante del Congreso que el Partido Popular celebró en Sevilla hace 20 años.

En aquel momento se inició una nueva etapa de la historia política española, una etapa en la que, a partir de 1996, se hizo posible un desarrollo social verdaderamente modernizador. La vida de los españoles cambió, y cambió para bien, sin que ese cambio dependiera de su adscripción ideológica o de su proximidad al Gobierno. Una etapa que no tuvo nada de milagroso, ni en lo económico ni en ningún sentido, sino que fue el resultado de una serie de elecciones conscientes que devolvieron el pulso a una sociedad desesperanzada, resignada e invadida, como ahora, por el paro masivo. Una sociedad perpleja también ante las consecuencias de un mal gobierno que había tenido en su mano la hegemonía ideológica, el control social y el poder político, y que cuando empezaron los problemas decidió emplear el poder simplemente para conservar la hegemonía y el control.

Comenzamos por afirmar algo muy sencillo, pero extraordinario, dadas las circunstancias: socialismo es lo que hacen los socialistas. En España y fuera de España era evidente el derrumbe del Muro de Berlín. Más allá de coartadas ideológicas, la verdad era que el país que teníamos en 1990 era el resultado de un modo de actuar directamente imputable al socialismo español, que ya había gobernado como había querido durante muchos años. Sólo esta afirmación, acompañada de la convicción con la que fue expresada, bastó para situar al país ante una posibilidad insospechada: quizás no tenía sentido seguir esperando a que el socialismo cumpliera lo prometido, quizás las cosas eran lo que parecían. Quizás sí había alternativa, y quizás tantos años de gobierno sí eran suficientes para que un proyecto político diera algún fruto dulce y no sólo amargo. Quizás no estábamos condenados por algún estigma ancestral a perder de nuevo el tren que se estaba poniendo en marcha en Europa.

El Congreso de Sevilla fue el momento en el que un proyecto que venía de lejos y que era impulsado con fe y con entusiasmo por muchas personas que le habían dedicado lo mejor de su vida encontró la forma de hacerse visible ante la sociedad española como una oportunidad y como una esperanza.

No buscamos revanchas ni pusimos a los españoles ante un ultimátum. No miramos atrás ni elegimos bando. No trazamos fronteras. Nos votaran o no, los nuestros eran todos, porque para todos queríamos un país mejor. Así lo dijimos y así fue.

Queríamos ofrecer a España una salida del laberinto en el que le había dejado un largo ciclo de gobierno socialista. También a nosotros, como partido, se nos quiso arrastrar hacia callejones sin salida. No lo permitimos, y creo que ése fue nuestro mayor acierto, el que hizo posible los que vinieron después. Nos resistimos a aceptar la idea de que la Transición había sido hecha para acabar donde habíamos acabado. España era mucho más, merecía mucho más.

En Sevilla pudimos presentarnos como una alternativa de verdad, una alternativa que formulamos mediante un decálogo, que, a mi juicio, hoy sigue conservando buena parte de su atractivo, porque, en el fondo, nuestros problemas de hoy vienen a ser algo así como los de entonces pero pasados por las manos del nuevo socialismo español. Y esto nos obliga a hacerlo como entonces, pero mucho mejor. Nos obliga a todos. Obliga al Partido Popular, que de nuevo asume la responsabilidad de convocar a los españoles a un proyecto cargado de confianza, y llama a la sociedad misma a hacerse cargo de su destino, a elegir y a elegir bien.

Nosotros nunca propusimos un proyecto que dependiera de un Gobierno. Propusimos a la sociedad una vía sencilla, no traumática, de poner fin a un mal Gobierno y de recuperar su propio protagonismo en la vida española. Propusimos un Gobierno que dependiera de la sociedad, y no ofrecimos más que esto: 1.- Nuestra adhesión a la Constitución y al espíritu de la Transición y nuestro rechazo a emplear agravios de unos contra otros. 2.- La voluntad de devolver el protagonismo a los ciudadanos y a la sociedad, a los que el Estado debe servir. 3.- El compromiso de respetar y hacer respetar las reglas y las instituciones. 4.- El deber de gestionar los servicios públicos de manera eficiente. 5.- Un europeísmo activo capaz de defender los intereses nacionales y los comunes. 6.- La convicción de que una sociedad no puede desarrollarse sin valores de referencia ni principios morales básicos. 7.- Un compromiso con la modernización real de la sociedad, que no es algo que el Gobierno debe hacer, sino que la sociedad debe hacer con el liderazgo del Gobierno. 8.- El cuidado del patrimonio cultural, común y específico. 9.- La garantía de la solidaridad entre generaciones y entre grupos sociales. 10.- La idea esencial de que el Gobierno existe para hacer posible la libertad.

Fue un ofrecimiento sencillo, porque no se debe prometer lo que no se puede cumplir, y porque lo prometido hay que cumplirlo. Pero fue sincero e iba

acompañado de un compromiso incondicional cuya autenticidad los españoles comprendieron rápidamente.

En ese decálogo se hallaba el germen del cambio político que se produjo a partir de 1996 y de las políticas que devolvieron a España su vitalidad y su prosperidad. La libertad, la preeminencia de la sociedad, el respeto a las reglas, el Gobierno limitado, la unidad nacional, la sociedad del bienestar. No hubo receta, pero sí hubo un diagnóstico y un principio rector: menos Estado y mejor Gobierno; más sociedad y más libertad; más España y más Europa.

Hoy tenemos más Estado y peor Gobierno; menos sociedad y menos libertad; menos España y menos Europa. Y nos va mal. España sufre los males de un mal Gobierno. Un Gobierno sólo eficaz en conducirnos a la irrelevancia, en convertirnos en un problema para nuestros socios europeos, en cultivar todo posible factor de división entre los españoles, en romper consensos básicos mediante estrategias de exclusión que sólo pueden rastrearse en las épocas más negras de nuestra Historia. No hay duda de que ese proyecto tiene beneficiarios y tampoco de que quien se beneficia no es la sociedad española.

España necesita cambiar de Gobierno antes de que el Gobierno termine hipotecando el futuro de la sociedad española por muchos años. Los españoles ya saben que no es del Partido Popular de quien deben temer ese tipo de complicaciones. Si vale la pena recordar lo ocurrido hace 20 años es porque ahora, igual que entonces afirmé en mi discurso de clausura del Congreso, tenemos ante nosotros «la responsabilidad y la urgencia del acierto».

El acierto está en volver a confiar en la sociedad española. En restituir su protagonismo, en ofrecerle horizontes despejados y sacrificios justos, en devolverle la ilusión a través del esfuerzo, en convocarla a un proyecto honesto, reformista, modernizador, español y europeo, plenamente inscrito en las grandes corrientes de la Historia occidental de las que nos hemos separado. Ese proyecto, también hoy, es el del Partido Popular.

Cambio, reforma y modernización, Estado de derecho y una España en el corazón de Europa es lo que eligieron los españoles de la mano del Partido Popular. Ése vuelve a ser su camino, porque 20 años después tenemos la oportunidad de hacer lo que distingue a las grandes naciones: conseguir que nuestra Historia no haya sido en vano y creer en el futuro.

